

jar el diploma porque no se le habia dado el primer lugar entre sus compañeros. Hasta los individuos de la clase mas ajena á aquellas ideas por su sexo, llegaron á participar de algunos resabios y en diferentes casos affligieron á sus padres que veían expuesto á perecer en el torrente al tierno objeto de su ternura y de su amor; tan hondas como estas fueron las heridas que recibió el cuerpo social. Las doctrinas disolventes estimularon las aspiraciones de la multitud; por todas partes apareció una juventud que con egoísmo refinado atiende á su individuo ántes que á la patria, y en cuyo corazon el amor nacional, el deseo de gloria y el noble desinterés que produjo tantos héroes en todas las naciones y en todos los siglos, se confunden y perecen vencidos por el deseo inmenso de hacer fortuna, de obtener empleos lucrativos y de ponerse en situacion de llevar una vida de placeres. Cuando han adquirido riquezas sacrificando á la nacion con sus torcidos manejos, desaparecen de la escena pública dejando en su huella escrito para los que vengan detras el modo de enriquecerse fácilmente. Ni debe admirarnos todo esto cuando los principios que proclaman los hombres que son el alma del partido radical conducen directamente al materialismo práctico.

El gobierno que nada queria hacer que pudiera detener ni por un instante « la marcha solemne de la democracia » permitió que en la capital de la república y en las ciudades y pueblos de alguna importancia se organizasen clubs « para realizar la república, » como se decia, pero que en realidad dirigian sus trabajos á desorganizar completamente el órden social. Los decretos

del gobierno, los proyectos de ley, las medidas gubernativas se proponian en los clubs para ser discutidos por la muchedumbre, del mismo modo que pudieran haberlo sido en el consejo de Estado, ó en cualquiera otro cuerpo encargado de preparar las leyes con circunspeccion y madurez. Los diputados que buscan popularidad en los elogios de la multitud y que á precio de su nombre y de su conciencia procuran ganarse un puesto de honor entre los que llevan la voz en los clubs y presiden las reuniones de la demagogia, sometian á los hijos de familia, á los artesanos y á los aspirantes á empleos, reunidos en aquellos, los proyectos que preparaban para presentar al cuerpo legislativo; de suerte que los negocios que se discutian en el seno de la representacion nacional lo habian sido ántes por los demagogos, por los revolucionarios y por todos los incautos que concurrían á realizar la república en aquellos congresos democráticos. En el seno de estos mismos no fué raro poner en discusion la conducta funcionaria de los diputados á la legislatura, y llamar á alguno de estos para que en presencia del pueblo soberano explicase sus opiniones emitidas en el recinto de las cámaras. La arrogancia de los que humillaban de esa manera á los miembros del cuerpo legislativo bien se deja comprender; mas no podemos concebir cómo se prestaban estos á ser juguete de individuos que ningún derecho tenian para constituirse en representantes de los pueblos y mucho ménos para usurpar su nombre y pedir á sus diputados razon de su proceder y de sus convicciones en el ejercicio del cargo que recibieron.

El poder y la influencia de los clubs se dejó sentir en

todos los negocios públicos de cualquiera naturaleza que fuesen, y jamás pareció tan monstruoso el gobierno como cuando recibió los impulsos de la multitud. Esas pasiones siempre agitadas por ímpetus violentos, esos intereses opuestos que provocan conflictos repetidos, esas exigencias incapaces de saciarse y que aparecen tanto más rabiosas cuanto mayor es la prisa con que se las procura satisfacer, ese instinto ciego que descarga golpes atrevidos é instantáneos contra una autoridad que se aborrece entrañablemente, ese prurito por destruir todo lo que existe y que deja en la sociedad vacíos que difícilmente se llenarán después, y el conjunto, en fin, de todas estas miserias imposibilitan á todo cuerpo moral donde se encuentren para dirigir los negocios públicos con utilidad de la república. Esta fué la situación á que se vió reducido el gobierno de la Nueva Granada. Pero ¡qué triste es ver empeñado al hombre en continuar por una vía en cuyo fin ve la muerte que se ha granjeado con sus propios afanes! Este fué el caso de los rojos de la Nueva Granada. Sus doctrinas habían desorganizado completamente la moral, introduciendo el malestar en las familias, y habían ocasionado la desgracia pública, entronizando la anarquía, viciando los resortes gubernativos y estableciendo en los negocios de Estado el voto de la multitud. La autoridad estaba anonadada, su influencia desconocida, y, lo que es peor, contradicha, cuando no apoyaba el parecer de esa muchedumbre que de hecho introducía en todas las cosas el despotismo más repugnante y más temible. ¿Y qué gobierno hay posible luchando entre elementos tan opuestos? ¿Cuál hombre de Estado, por diestro y perito que

sea, ha de tener capacidad para conducir salva la nave de la república en medio de la borrasca espantosa que causan desatados aquellos furiosos elementos? Ninguno existe, y los ilusos que aglomeraban estos creyendo poder dominarlos y dirigirlos algún día, de manera que sirvieran de medio para llegar á su propósito, no pensaban en el bien público, ni les preocupaba la felicidad de los pueblos. Aun más, cuando se persuadieron de que era imposible gobernar con clubs, dijeron que la república se hundía si continuaba sirviendo de presa á la muchedumbre como sucedía entonces, y con escándalo de los pueblos, asombro de los ciudadanos é indignación de todos, fué proclamada la dictadura en Bogotá por rojos y liberales que formaban los más íntimos consejos del gobierno. Nada necesitamos añadir para que resalte el contraste que forman estas dos fisonomías tan opuestas en un mismo partido, unos mismos hombres y un mismo círculo político.

La república que más de una vez corrió ensangrentada hasta los bordes del precipicio adonde la conducían hijos desnaturalizados; la república, decimos, que moribunda y casi exánime entre gemidos y ayes lastimeros suplicó tantas veces á sus magistrados la salvaran de la anarquía, ahora moría sufocada por el mismo poder que con halagos infinitos le hizo tragar el tósigo mortal; moría, repetimos, porque la dictadura tan incompatible es con la república como la constitución con la autocracia; moría porque todo acto que deposita la suma del poder en manos de un solo hombre arrebató á los pueblos y á los ciudadanos sus derechos y sus garantías, dejando su individuo y su fortuna al arbitrio de un mandatario;

moria porque los pueblos son libres solamente en tanto que las leyes que se dieron ellos mismos se observan con rigor, así por los magistrados como por los ciudadanos, y moria, en fin, porque todo acto violento con que los gobernantes conculcan esas leyes hacen perecer la institucion que por ellas se sostiene. La prensa neo-granadina ha referido los incidentes que acompañaron á la proclamacion de la dictadura: no los tocaremos nosotros; pero si diremos que las exacciones, las violencias, los impuestos, las contribuciones, las prisiones y los demas excesos cometidos por liberales que sostenian una dictadura que tambien se llamaba liberal, todo contribuirá eternamente á probar la vaciedad de las promesas que se hacen á los pueblos ofreciéndoles una libertad y una igualdad que los conducen derechamente á la tiranía, á la opresion y al despotismo.

Cierto es que las provincias de la república protestaron contra el trastorno de las leyes y la abolicion de la constitucion política que decretó el dictador; mas, ¿cuántos sacrificios no imponia esto al país, harto debilitado y agobiado ya con el peso de una tan larga anarquía? Los que no ven sino los hechos materiales que aparecen en la superficie, pero sin jamas profundizar hasta el corazon de los pueblos donde se contemplan sus virtudes y se descubren tambien sus vicios, han dicho en Bogotá que la proclamacion de la dictadura era en cierto modo necesaria para que la república mostrase toda su fuerza y toda su energía. Nosotros que vemos mas allá de lo que aparece á primera vista, que conocemos hasta dónde alcanzan los infinitos males que las disensiones intestinas acarrearán sobre esos mis-

mos pueblos y cuán hondas son las heridas con que la guerra civil maltrata y aniquila los Estados en cuyo seno prende, nosotros, decimos, juzgamos muy diversamente. Por bizarro que parezca ese movimiento de los que corrian á las armas para destruir la anarquía trasformada en dictadura, y por lisonjero que fuese el resultado de las jornadas en que pereció aquella, no por eso son ménos sensibles los efectos del escándalo que infirieron á la nacion entera, la autoridad conculcando las leyes que debieron servirle de invariable regla, los magistrados conspirando contra la nacion que los elevó y de quien recibieron el poder que ejercen, y los hombres públicos que rodearon al dictador cooperando con sus esfuerzos para que en la Nueva Granada apareciera colocada oficialmente la señal ignominiosa que la tiranía graba en la frente de los pueblos nobles. Muchos ciudadanos sintieron correr por sus venas el fuego sagrado del amor patrio, muchos hicieron sacrificios inmensos por derribar el odioso padron que colmaba de vergüenza á toda la nacion, y muchos tambien sacrificaron su vida por restituir á su patria su libertad, sus instituciones y su honor; pero ¿qué es todo eso en comparacion del espectáculo que por otra parte ofrecieron tantos otros ciudadanos sosteniendo el despotismo y la ilegalidad, tantos otros esforzándose por inutilizar los sacrificios de los que luchaban contra la dictadura, y tantos mas, en fin, exponiendo hasta su vida por sostener el abuso y la rebelion contra las leyes? Diga cada uno lo que quiera; pero no será por eso ménos cierto que ese espectáculo que ofrecen los ciudadanos divididos, aun tratándose de sus mas preciosos intereses, contiene

la demostración mas concluyente del cáncer que han inoculado en los pueblos americanos las doctrinas de un liberalismo exaltado. ¿Y podrán aquellos realizar de ese modo la república, la verdadera república que se apoya en la observancia de la ley y en la práctica severa de la justicia? No, y mil veces no. Entre los cargos formidables que los hombres juiciosos é ilustrados hacen en todas partes á los rojos y liberales exagerados, uno de los primeros y mas justos es que alejan con esa conducta á los pueblos de la libertad y dan lugar á que se entronice el humillante despotismo:



CAPÍTULO XV

¿Cuál fué la suerte de la Iglesia católica en aquellas circunstancias? — Trabajos del arzobispo Mosquera. — Cuestiones sobre patronato. — Palabras de un ilustrado granadino sobre esta materia. — ¿Qué se pretendía? — Se quería que renunciase á sus derechos como obispo. — Los obispos vejados por la cámara de representantes. — Protestas. — ¿Estaban ó no en su derecho los que protestaban? — Los argumentos de los que opinaron en contra son opuestos á la doctrina de Jesucristo.

Triste es tener que marchar por todas partes sobre huellas que revelan sucesos repugnantes á la religion y á la moral; pero tan vastas son las dimensiones del mal que produjo en América la rebelion contra la Iglesia y sus sacrosantos dogmas, que apénas encontraremos lugar donde aquellas no aparezcan acompañadas de la injusticia, de la violencia y del libertinaje. Los que levantaron el grito de libertad en algunos lugares de América, se imaginaron que la república no estaba en armonía con la fe, ni los principios republicanos eran compatibles con la sujecion que aquella impone á la conciencia de sus creyentes. Predicaron con la revolucion política la revolucion religiosa, y á la vez tambien inculcaron en el ánimo de